La Novela d

1
233480



La Dama Capitán

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Cristóbal de Castro

1

233480

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los dias, novela (3.ª edición).

"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).

El secreto de Barba Azul, novela (12.ª millar).

Las siete columnas, novela.

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Silencio, novela (edición popular, 2 pesetas).

Mendizábal, 42. - Madrid

47/1504498

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año III Madrid, 15 de abril de 1926 Núm. 50

La dama capitán

Novela de

Cristóbal de Castro

ILUSTRACIONES DE RAMÍREZ

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SAEZ HERMANOS
NORTE, 21. - TELÉFONO 17 - 65 J.
1926

R. 3222380

EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO PUBLICAREMOS

EN LA COPA DE SUS LABIOS

POR

J. Ortiz de Pinedo

ILUSTRACIONES DE

BRADLEY

CAPITULO PRIMERO

Las colegialas de Smolna.

Domingo, día de salida y jarana... ¡Bueno andaba el colegio! Gritos, chillidos, cánticos, salían de él, como de un corazón en fiesta. El jardín, los claustros, el oratorio, las salas de visita fueron sucesivamente animándose por los tres grupos de pequeñas, medianas y mayores, con sus lazos blancos, rojos y azules, respectivamente. Ante la verja, alta y de floreados hierros, agrupábanse trineos y troikas. Las palomas se perseguían por el cielo, de un azul diáfano, y posándose luego entre las patas de los ca-

ballos, se arrullaban sobre la nieve, que fulgía al sol.

Era uno de esos días que los rusos llaman gráficamente "de cristal", porque todo—cielos y tierra—es transparente. Algunas familias, guiadas por las profesoras del Colegio, subían a la Torre de Catalina para contemplar el vasto panorama del Neva helado surgiendo entre los bosques esqueléticos de Oraniembau. Desde el pretil, las colegialas, haciendo bocina de las manos, gritaban con júbilo a sus cocheros:

—¡Eh! ¡Iván Petrovicht! ¿Me ves?

—¡Eh! ¡Sacha! ¿Me oyes, Sacha?

Pero ni Sacha ni Iván Petrovicht podían oírlas a causa de la enorme altura. De suerte que las voces, rasgando como rúbricas de alegría el infinito, evocaban a los ángeles del villancico cantando gloria a Dios en las alturas...

El soberbio colegio para señoritas, fundado por la gran Catalina, erguía la suntuosa fábrica, entre palacio y templo, ocupando cientos de verstas de jardín. De lejos, con sus torres y cúpulas doradas aso-

mando entre el caserío y el bosque, daba una impresión de ciudad.

La afrancesada emperatriz instituyó un centro francés. "Quería—dice Benckendof, en *La favorita de un zar*—formar una nueva raza de mujeres, sin el prejuicio gazmoño." En vez de los antiguos colegios oliendo a moho, servidos por viejas que laboraban calceta durante la clase, y sólo hacían limpieza los sábados, Catalina alzó un palacio de nueva planta, lo decoró con magnificencia y llevó profesoras francesas y alemanas, habituadas a las artes cosméticas, de gran cultura y maneras elegantes.

La aristocracia moscovita, tan xenófoba, recibió aquella novedad no sin recelo. Mas Catalina, con energía y sutileza, perseveró tanto en sus propósitos que, al cabo, fué el Colegio de Smolna supremo centro educador de la corte.

En él apunta el cosmopolitismo de los príncipes y grandes duques rusos, dando a la nobleza rural y a la burguesía financiera el tono de Versalles y Dresde. Sobre todo, las damas, atraídas por novedades tan se-

ductoras como el peluquero francés y el divan sajon, que servia de tocador y lecho, corrieron a llevar sus hijas a Smolna, tanto mas cuanto estaba a un paso, ya que la distancia a San Petersburgo no cubria las cinco verstas.

El fin educador era esencialmente mundano. Idiomas, música, tocado, bailes, equitación, historia anecdótica, poesía amatoria y galante. La zarina, aun cuando amiga de Voltaire y Diderot, no quería para las educandas filosofías, sino seducciones. Burlándose de las mujeres sabias, como Molière, pretendió hacer de Smolna una universidad de coquetas. Y entregó las riendas del Colegio a una dama francesa, Julia Delafond, llegada exprofeso de París con un "cartel" de viuda guapa, refinadísima y, al mismo tiempo, virtuosa, que no podía menos de llamar poderosamente la atención en aquellos tiempos.

Julia Delafond, pues, montó las enseñanzas de Smolna cuidando especialmente de imprimir a las señoritas el hábito de los salones: conversar con amable soltura, siem-



pre, por supuesto, en francés o en alemán; componer el tocado bajo el método de Susana Mercier; sentarse, levantarse, con distinción; tocar el clave según el nuevo arte de Mauperin; cantar conforme a los preceptos italianos de Dumini; danzar pavanas y gavotas al estilo de la marquesa de Augereau; montar y galopar, vestidas de hombre, como las margravesas sajonas... Y, en fin, para saber algo nacional, esencialmente moscovita, guiar la troika en pie, fustigando y gritando a las yeguas, a ejemplo de Iván el Terrible.

Según el reglamento de la institución, las profesoras debían ser más amigas que maestras, y sus enseñanzas, más conversaciones que lecciones. Julia Delafond, extraordinariamente simpática, inteligente y sugestiva, regía tan gentil comunidad con singular acierto. Era la confidente exculpadora, que sabía glosar cada extravío con un delicioso mohín y cada pecadillo con una sonrisa. Las educandas acudían a su "boudoir"—ni de nombre había allí nada monástico—como a una academia galante. Emulando el neohelenis-

mo de los salones del Marais, cuya divisa—"Gracia y Fuerza"—, emprestada a Leonardo, participaba por igual de Minerva y Venus, Julia Delafond organizó comedias, danzas, cacerías, a fin de emparejar el ingenio y la belleza.

Y como en los salones de París, la arrogante viuda impuso en Smolna la moda equívoca del "traveste", eligiendo un grupo de colegialas que, disfrazadas de galanes, cubrían los papeles varoniles con una gentileza decadente y ambigua.

La experta directora, secundada de nueve profesoras más, todas seleccionadas por inteligentes y bellas, abrió sus enseñanzas galantes a una corte que, como la de Catalina, estaba en plena y vasta liviandad. "La palabra galantería, aplicada a Catalina II—escribe Pablo de Saint-Victor, en *Antiguos y Modernos*—, es demasiado débil. Semejase más bien a la poliandria tibetana. Tuvo amantes a más no poder desde su juventud al mismo día de su muerte. Los tuvo, por encima de todo cálculo humano, hasta la

edad sin sexo, en que la propia Mesalina sentíase como jubilada.

"La lista de sus favoritos llenaría un calendario. Sganarello, al leer la de don Juan, no dice tantos nombres de mujer como Catalina de hombres que la dedicaron su amor. Soltikof, Poniatusky, Straganof, Orlof, Wisolki, Basilistchicof, Chavadosky, Choritz, Korsakof, Landusky, Potemkin, Yermolof, Mamonof, Chuvof, no fueron más que jefes en este inmenso regimiento nupcial. Tras ellos, en la oscuridad, se entrevé toda la soldadesca pasiva que desfila, la mano en el chacó, hacia la alcoba imperial. Su serrallo era un cuartel. Puede decirse, sin hipérbole, que fué la instructora de todo un ejército."

Para afinar esta sensualidad, basta y rústica, dándole un tono palaciego, no había sino la distinción francesa, el gusto de Fontainebleau y Versalles. Julia Delafond, pues, quiso desbravar aquel tono "hombruno", llevando a primer término a las mujeres, instruyéndolas en su función de "galancitos", infundiéndolas, con primor y amor, una apariencia equívoca.

En los deliciosos ensayos, cada profesora, con su alumna, retirábase al "boudoir", como en un "duetto" vienes. A poco trascendían risas sofocadas, gritos, el ritmo jovial de un cuplé... Luego abríanse pausas lentas, profundas, como en las confidencias monacales de Dionisio Diderot. Por fin, entreabriendo la puerta, cada profesora, en ricos atavíos de dama, sacaba de la mano a su alumna, la cual, en traje de mancebo, luciendo ufanamente la casaca y el espadín, murmuraba al oído de su dama un rondel... Luego uníanse las parejas en la comedia o en la danza, realizando ensayos de conjunto.

La directora, cuya espléndida madurez rubia recordaba la María de Médicis, de Watteau, en "El embarque hacia Citerea", había elegido por "galán" a Olga Nelidof, la educanda de más estatura y formas más esbeltas de todo el Colegio. Olga era fina, morena, espigada, como un lansquenete de Durero. Hija de la condesa de Nelidof, cuya estirpe remonta a los Vayvodas de Kazán, tenía un temperamento altivo y un carácter brusco. Orgullosa de tal linaje, la casi ruina

de su casa había irritado extraordinariamente su altivez. Imponía a las compañeras sus gustos, sus caprichos, hasta sus extravagancias, con una audacia imperativa. Obligabalas a callar o hablar, a enemistarse o amistarse, a llorar y reír, según su voluntad despótica...

Elegida como "galán" de la directora, su condición de favorita extremó el audaz despotismo. Bastábanle un mohín, un dedo imperativo, una mirada hosca, para imponerse a sus compañeras. Pero, ¡oh, misterio femenino! Sus compañeras, lejos de huírla, la buscaban; lejos de temerla, la preferían entre todas. Sabían que, tiránica en gesto y modales, era, en el fondo, buena, sencillota, simplota, incapaz de crueldades ni rencores. Cierto que, sin motivos, solía enfurecerse y encresparse; pero no menos cierto que en seguida se le pasaba. Verdad que a veces echaba lumbre por los ojos como un basilisco; mas no menos verdad que al minuto, ante una palabra suave, el basilisco era un cordero...

Por si ello no bastase a determinar la ad-



miración y simpatía de sus compañeras, Olga gozaba una destreza y una fuerza realmente pasmosas. Corría como un galgo, trepaba como un gato o un mono, cabalgaba como un cosaco... Pero donde realmente maravillaba era en las artes de la esgrima, practicadas con tal elegancia y aplomo que el propio conde de Cheremetief, "la mejor espada de Rusia", habíala discernido su aprobación entusiasta.

Olga Nelidof, pues, era en lo físico como en lo intelectual, en las gracias como en el carácter, "la colegiala más colegial, la muchacha más muchacho", según decía la directora. Las educandas veían en ella todos los encantos reunidos. El linaje, la esbeltez física, la firmeza de carácter, y aquella elegante arrogancia con que lucía casacas a la Narytchin y espadines a la Cheremetief, daban a nuestra heroína un prestigio, entre aristocrático y pícaro, muy del gusto de la afrancesada Zarina, de la corte y, por supuesto, de las colegialas de Smolna. Era el doble y sólido imperio de la divisa de Leonardo: "Gracia y Fuerza"; la sumisión vo-

luptuosa del coro al héroe; el férvido entusiasmo de la tropa por el caudillo. Y esto, un caudillo, era Olga Nelidof. Tenía el ímpetu, la audacia, el vigor de su voluntad.

Con ocasión del Carnaval, organizó Julia una fiesta en honor de la emperatriz. Representóse la comedia de Dumesnil *El amor y las máscaras,* con recitados y bailables a estilo italiano, haciendo Julia el papel de Lisette y Olga el de marquesito enamorador.

Apenas descorrido el tapiz, vióse a Julia —opulencias y malicias—en brazos de Olga—esbeltez y ambigüedad—, dialogando un sueño de amor. Diez galantes parejas rompieron la danza de Gluck, al son de los violines austriacos. La sala prorrumpió en rumores admirativos.

Entonces, el hada Voluptuosidad puso conjuros en los ojos, entornándolos, y hechizos en los labios, entreabriéndolos. Y, a favor de tan sensual languidez, Cupido disparó sus flechas...

Una, rápida y buída, traspasó al viejo príncipe Kaledin. Contemplaba, extasiado, a Olga y, de repente, llevóse ambas manos al

corazón, cuchicheando al oído de la Nelidof, sentada junto a él:

—¡Tocado, María Paulona! O, por mejor decir, herido!...

La condesa, insinuante y maliciosa, murmuró:

—¡Embustero!

Luego, astuta, mirándolo a hurtadillas, advirtió su honda excitación, su palidez, sus resoplidos de egipan... ¡La cosa marchaba! El libertino prócer absorbía la sensualidad emanada de Olga como un dios el humo emanado de la ofrenda...

* * *

Miguel Petrovich, príncipe de Kaledin, había llegado la víspera, tras largos años de correrías por Europa. Las Cortes de Versalles, Dresde y Viena disfrutaron sus fastuosas orgías, su prodigalidad de potentado y sus extravagancias de alcohólico.

Era un sensual de temperamento y de intelecto, como un sátrapa de Byron o un califa de Gobineau. Tenía una soberbia his-

toria galante que cautivaba a las mujeres y achicaba a los hombres, deslizándose en los corazones femeninos como un gusano en la fruta y en las alcobas como un fantasma...

La malicia enlazó su nombre al de la condesa Nelidof, que, apenas viuda, restauró la medrada hacienda, rodeándose de un boato magnífico por su intimidad con el príncipe. Cuando Kaledin emprendió tan largo viaje, Olga tenía nueve años y estaba recién ingresada en Smolna. Ahora, a su regreso, la niña era ya mujer, y la madre, un otoño que declinaba.

María Paulona, invitada a almorzar por él, notando su frialdad insólita, dedujo, con su perspicacia habitual, que no era el príncipe, sino ella, quien había cambiado. Habló, a los postres, de la fruta madura y de la fruta verde. Pensó en la retirada voluntaria, para evitar la jubilación forzosa. Pero rectificó en seguida: "¿Y Olga? ¿Qué más fruta verde que Olga?..." Urdió un sutil plan de abdicación. La hija heredaría a la madre. Después de todo, ¿quién con mejor derecho?

Todo favorecía sus propósitos. Kaledin,

refinado en el libertinaje de las marquesas de Versalles, de las archiduquesas austriacas y de las margravesas sajonas, tornaba a las intrigas de Peterhof con un caudal de sabias galanterías. No era ya el corpulento Sileno eslavo, guiando, ebrio de cerveza, la troika, llena de mujerzuelas escandalosas, sino el prócer, diestro en amor, que saborea lentamente, a sorbos, el champaña añejo y los labios frescos...

Era, pues, el momento histórico. Olga, en la flor de sus diez y siete años, en el hechizo de su delicioso "traveste", encarnaba la sugestión sensual del androginismo, tan en moda entonces, tan caro siempre a la concupiscencia senil. La condesa, tras un retrato de su hija, trazado con el arte excitador de una Celestina elegante, oyó los resoplidos del príncipe y sus ruegos de ver a Olga inmediatamente. Al otro día era la fiesta colegial. Quedaron, pues, en asistir juntos y en que, al final, sería la presentación.

A la vista de Olga, en su traje de marquesito enamorador, toda la liviandad del príncipe se erizó, como un gallo de pelea.



La condesa se vió y se deseó para sujetarlo. Al fin, cuando el tapiz escénico abríase y cerrábase entre aplausos, y Julia, la opulenta dama, saludaba del brazo de Olga, su galán, Kaledin arrastró consigo a la condesa.

Llegaron por entre la masa de invitados. La madre hizo la presentación:

—Olga... El príncipe Kaledin... Claro que no recordarás... ¡Tanto tiempo...!

El atlético prócer se dobló en una reverencia profunda:

—Mademoiselle...

Olga, sofocada, encendida, aflojábase el peluquín. La casaca, muy ajustada, ceñía su esbeltez equívoca, de andrógino. El calzón, destacando sus finas piernas, agraciaba aquel perfil voluptuoso, digno del baroncito de Faublás. Arrebatando el abanico a su madre, se abanicaba con delicia. Luego, a los cumplidos del príncipe, contestaba, distraída, indiferente...

—¡Por Dios!... ¡Nada de eso!... ¡Nada de eso!

Y, vuelta a su madre, dale que le darás al abanico, suspiraba:

—¡Uf, qué calor!

Kaledin, impaciente, excitadísimo, reclamó a la condesa:

—¿Estáis viendo? ¡No me hace caso!

—¿Y qué queréis? ¿No os dije que era muy caprichosa?

—Sí, pero ¡caramba!... No tanto...

Buscó recursos para interesarla, al menos para entretenerla, para llamar su atención. Recordó que la madre había hablado mucho de esgrima. Entonces, dirigiéndose a Olga, echóle mano al espadín.

—¿Permitís, mademoiselle...?

Olga, ceñuda, sin moverse, exclamó:

—Quieto...

¿Quieto? ¿Tan secamente? ¿En aquel tono imperativo? ¿A Miguel Petrovich, príncipe Kaledin, descendiente de los duques de Kief?... ¿Una mocosa semejante?

Iracundo, tendió ambas manos. Apresó el espadín, tiró, pugnó, forcejeó... Y, de repente, ¡paf!, en las principescas mejillas... Un abanicazo... Otro... Otro...

CAPITULO II

Olga y sus Ninfas.

Detúvose la troika ante el Colegio. Las yeguas, resonando sus cascabeles, expelían chorros de vaho. El "iztvoschí", en pie, empuñó la bocina y dió aviso, con tres sonoros toques, de que llegaban visitantes de la nobleza.

Acudieron siervos solícitos, vistiendo la librea, blanca y azul, de Smolna, doblándose en zalemas y deshaciéndose en sonrisas. El príncipe Miguel Kaledin, alzando la manta de pieles, dejó al descubierto el arrogante busto de la condesa Nelidof. Luego, hacien-

do pantalla de la mano, miró al sol, escudriñó los campos, blancos de nieve, aspiró el aire con delicia.

—¡Qué suerte! ¡Hace un día espléndido, María Paulona!

—Magnífico. Buen sol, buen aire... Viniendo vos, era de esperar... Sois el favorito de la Fortuna — dijo la condesa sonriendo.

—Queréis decir el Gregorio Orlof de la Fortuna—glosó el prócer, bajando de la troika y alargando la mano a la condesa para que descendiese.

—¡Chist!... Sois incorregible... Imaginad que uno de estos siervos os escuchase... ¡Por Dios!... Estando tan reciente el destierro de Narytchin...

—¡Ah! Pero Narytchin es joven... Y la juventud es pecado de leso favoritismo. Gregorio Orlof no tolera posibles rivales... En cambio, yo soy viejo, y ello me asegura su gracia...

Titubeó, añadiendo:

—Y la vuestra...

—¿La mía? Pero si la única vieja efectiva



soy yo...—murmuró, sonriendo, la otoñal, abrigándose las mejillas con el manguito.

Entonces, atlético y cortés, Kaledin se inclinó reverente:

El Tiempo, ante mujeres como vos,
huye como el Diablo ante la Cruz.

—¡Oh, Miguel Petrovich... qué madrigal tan delicado!...

—No me lo agradezcáis. Es de Voltaire. Mas viene como anillo al dedo. Y tan poeta es el evocador como el autor, siendo oportuno. Ello es, María Paulona, que sois lo que llamaba el cardenal de Retz una "Sibila de amor". Para vos, el Tiempo no tiene ayer ni hoy...

—¡Embustero!... Quien no tiene ni ayer ni hoy, para mí, sois vos, Miguel Petrovich... Vos sólo buscáis el mañana...

—¿Aludís a vuestra hija? ¡Ciertamente, es un mañana encantador! Sobre todo, anoche, pegando abanicazos... Ya, ya. Me lo habéis dicho varias veces... Se arrepintió... Se aver-

gonzó... Hasta lloró cuando tornasteis a vuestra casa, ¿eh?...

—Llorar, tanto como llorar... Suspirar, afectarse, sí. Olga llora difícilmente... Es muy dura... Pero se arrepintió, se condolió... Fué un arrebato superior a su educación, a sus deseos, a sus gustos... Os dará excusas en cuanto lleguemos... Lo veréis...

—Fuí yo el arrebatado, el culpable, el necio, el rústico... Seré yo, pues, quien la suplique me perdone... Por lo demás, María Paulona, en cada abanicazo de vuestra deliciosa hija, ¡cuánto atractivo!, ¡cuánto hechizo! Y en cada ceño, en cada mohín, en cada relampaguear de ojos, ¡qué de voluptuosidades!...

—Callad, libertino del demonio... Los siervos, aunque siervos, tienen oídos, y lo que es más temible: lengua...

Atravesaban el jardín, precedidos de criados con libreas, cruzándose con las colegialas y sus familias, que, al ver a Kaledin, saludaban respetuosamente, pues el príncipe, por su corpulencia, era conocido de todos.

—¡Ahora veremos, esa Olga! — decía el

prócer, restregándose con fruición las manos, como quien se las promete muy felices. Luego chascó la lengua cómicamente, encorvado sobre la condesa, en una confidencia liviana—. Supongo que en esta santa casa no nos moriremos de sed, María Paulona... Habrá champaña, malvasía... habrá algún pabellón lejano, entre árboles, como en Passy...

La condesa, entre escandalizada y conciliadora, se tapó la cara:

—¡Dios mío! ¡Qué programa!... ¡Qué horror! Pero ¿qué imagináis de Smolna, Miguel Petrovich? Smolna es una casa de educación, no una residencia cortesana... Claro que tampoco es una Tebaida, ¡claro!...

—¡Claro!

—Pero bien visteis la otra noche que todo aquí es discreto, entonado. Insinuante cuando más... La directora es una dama francesa que...

Cortó la frase, haciendo una indicación con el gesto:

—Ahí la tenéis, con todo su estado mayor...

Llegó, en efecto, Julia, acaudillando un grupo de damas, todas maduras, elegantes... Tras reverencias y saludos, expuso, sonriendo, su decepción, su desolación...

—¿Por qué?—interrogó el príncipe, intrigado, advirtiendo que la desolada no manifestaba dolor alguno, sino que, lejos de eso, sonreía—. ¿Por qué vuestra desolación, señora?

—Mademoiselle Olga Nelidof—añadió Julia—no se halla en el Colegio.

—¿Cómo? ¿Mi hija no está en el Colegio?... ¿Pues dónde está?—requirió alarmada la condesa...

—Señora, no hay motivo alguno de alarma. Mademoiselle Olga salió bien de mañana, al bosque de Oraniembau, a caballo, al frente de sus amazonas...

—¡Soberbio! ¡De sus amazonas!... ¡Un lienzo de Constantino Pilenko!—clamaba el príncipe, frotándose las manos de gusto.

—¡Qué locura! ¿Cómo habéis consentido...?—reprochó la condesa, vuelta a Julia.

—Señora, el reglamento. Hay que cumplir el reglamento...

—Naturalmente, María Paulona—glosó el príncipe bromeando—. Hay que cumplir el reglamento...

Julia aclaró la cosa con todo detalle. El reglamento dividía a las educandas en secciones: sección de Amazonas, sección de Comediantas, sección de Danzarinas, sección de Estatuarias...

—¡Caray! ¿De Estatuarias?—interrumpió el liviano Kaledin—. Pero estatuarias, ¿cómo? ¿Artífices o modelos? Entendámonos...

—¿Queréis ser formal un instante, Miguel Petrovich?—dijo la Nelidof, amenazándole con el dedo. Y vuelta a la directora, preguntó—: ¿Qué precepto reglamentario ordena que mi hija, en vez de hallarse aquí, esperándome, esté en el bosque desde el amanecer?

—Lo ordena un deseo unánime de sus compañeras. La sección de Amazonas hubo de elegirla presidenta...

—¡Claro! ¿A quién iban a elegir?—comentó el príncipe, encantado—. Supongo que también la habrán elegido presidenta las demás secciones...

—También, alteza. Mademoseile Olga fué elegida ayer presidenta de la sección de Comediantas...

—Pero, hombre. Y de la otra, ¿no?

—¿De cuál, alteza?

—De la de Estatuarias, ¡por vida de la Venus de Kief! ¿Hay formas tan perfectas como las de esa "condesita-marquesito"? Por algo la elegisteis para galán vuestro, madame. Os felicito... Es un hallazgo... Y prueba un gusto digno de Versalles y de Passy...

Julia, pomposa y maliciosa, advirtió en seguida que la condición de sensual impulsivo iba acreciendo en Kaledin como una fiebre. Pero advirtió también la mirada, inquisitiva y fiera, de María Paulona.

—¡Por Dios, alteza!—replicó—. Mademoiselle Olga, en efecto, es perfecta, como la Venus de Kief... Mas yo, pobre de mí... ¿Quién resiste la fatalidad de los años?...

Se inclinó Kaledin ante la opulenta Julia, cuchicheándole al oído:

El Tiempo, ante mujeres como vos,
huye como el Diablo ante la Cruz...



—¡Oh, alteza! Pero es un madrigal diabólico...

—Naturalmente... Es de Voltaire...—declaró el príncipe. Luego, vuelto a la Nelidof, dijo:

—Será preciso ir al bosque de Oraniembau, María Paulona... Pero antes desearía beber algo... Me muero de sed...

Julia y las profesoras guiaron hasta el comedor, donde fué servida la "zakuska". Kaledin, locuaz y expansivo, bebió y galanteó con exceso. Ante el improvisado serrallo, aquel sultán dió rienda suelta a sus caprichos. Todas las profesoras, con Julia Delafond al frente, irían en la expedición al bosque. Llevarían trampas y flechas para cazar zorros.

—Las flechas—sentenciaba el príncipe—sirven como armas de Cupido. Las trampas, como armas de mujer. Muchos se libran de las flechas. Pero ninguno de las trampas... ¡Bebamos por las pobres víctimas!

Organizóse la caravana en trineos y troikas, que volaban sobre la nieve, alborotando con cascabeleos y canciones. El príncipe,

entre la condesa y Julia, refería anécdotas galantes. De repente, el "izvoschit" que guiaba, lanzó con su robusta voz esta "kiefesa":

La troika es como la barca;
la llanura, como el mar...
Tu amor es como la brisa;
el mio, la tempestad...

—¡Demonio de cochero!—comentó el prócer, subiéndose hasta la nariz la manta de pieles—. ¡Qué manía tiene esta gente por entristecer el amor! ¡Serán bestias!...

El cochero, sin oírle, prosiguió el cántico:

Las yeguas ya más no pueden,
pero a latigazos van...
¡Prepara el látigo, amor!
¡Tampoco yo puedo más!...

—¡Ni yo, ea!... En vez del látigo, que prepare el abanico..., María Paulona... ¿Me entendéis?

En esto dieron frente al bosque. Los siervos, distribuídos por el mayordomo, se inter-

naron, siguiendo las huellas estampadas en la nieve por los caballos de las amazonas. Las profesoras, a su vez, eligieron lugares a propósito para instalar las trampas, disimulándolas entre ramas de abetos. Kaledin, con la Nelidof y Julia, avanzó, denodado y corpulento, como un ogro...

A poco, hacia el Ladoga, sonaron bocinas. El terceto, orientado por los toques, encaminóse allá. ¿Era posible? ¿No les engañaban sus ojos?

Por entre la arboleda desnuda, en una plazoleta empalizada de abedules, vieron como ocho o diez caballos sin jinete, errando, con las bridas sueltas. Otras tantas lanzas, arrimadas a un tronco, fulgían al sol...

A la izquierda, sobre la nieve, como sobre una alfombra, arrojándose pellas con furia o luchando a brazo partido, o pataleando, derribadas, o debatiéndose, de rodillas, como víctimas ante el verdugo, ocho o diez colegialas herían el aire con sus gritos.

El descuido y la excitación bajaban y subían sus faldas en rápidas y excitantes visiones de piernas entrelazadas y actitudes vo-

luptuosas. Kaledin, que acechaba con toda la senilidad revuelta, como un David espiando a la Sulamita, retorcíase, semejando un sarmiento seco entre llamas. Las abundantes libaciones, dilatando su faz en una risotada de sátiro, dábanle un perfil de Sileno gigante.

De pronto divisó a Olga, que, alta y potente, habia levantado en sus brazos a una muchacha rubia y corría con ella hacia el interior del bosque, como Diana cuando raptó a Calixto... Dió un salto y un rugido animal, cayendo sobre la pareja femenina como un tigre sobre la presa.

Entonces sucedió algo inaudito. Olga, rápida y ágil, depositando a su amiguita en la nieve, ordenó con terrible voz:

—¡Las lanzas!

Todas se precipitaron por ellas, quedando armadas y amenazando a Kaledin, el cual, ciego de ira, pudo asir a la colegiala que yacía en el suelo, arrastrándola de un brazo... Instantes después el gigante se tambaleó, derrumbándose, herido por la lanza de Olga...

Cuando acudieron la condesa y Julia, Kaledin, desangrándose, se debatía entre juramentos. Olga y sus ninfas, espoleando los caballos, desaparecían al galope.

* * *

Detúvose la cabalgata ante Smolna. Olga tranquilizó a sus amigas, asumiendo la responsabilidad para ella exclusivamente. Nada... No ocurriría nada. ¿Que Kaledin estaba herido? El solo se tuvo la culpa... Ella iba a Petersburgo a visitar a madame Kuzof, mujer del primer chambelán.

—Adiós, ¿eh? Adiós todas...—decía, disimulando su profunda emoción.

Picó espuelas, encaminándose a la capital. Descendió en la plaza Miguel, subiendo a sus habitaciones, apremiando a la doncella Sofía.

—Pronto, Sofía... Debo regresar al Colegio. Una casaca, un peluquín... No, nada de bordados... Nada de encajes... Debo disfrazarme de burgués, de pobre burgués, de simple burgués. Hemos de ensayar la comedia esta misma tarde... Pronto, Sofía.



Temiendo que llegase su madre de un momento a otro, Olga apresuró el cambio. Media hora después, con varios florines de oro en la bolsa, descendía a la calle.

Sintió la deliciosa zozobra de la primera calaverada. Batallaban en su ánimo flaquezas por la barrabasada del bosque y enérgicas reacciones contra su madre y Kaledin. Su madre había iniciado una tercería bien triste. El libertino y alcohólico setentón, un feudalismo repugnante.

Su carácter altivo, su temperamento rebelde, decidieron todas las dudas. ¡Bah! Antes que volver a escuchar las insinuaciones maternas, mendigaría por las calles... Antes que volver a sentir las manos del Sileno soez, emigraría a Siberia...

El temple de su alma la aquietó. Luego, ante el doble hechizo de juventud y libertad, sonrió a la primera aventura, como un cadete a la primer novia...

Cruzando frente al Sínodo, vió en la escalinata corros de siervos cuchicheando. Se le ocurrió estrenar su papel de burgués simplote. Acercóse a un corrillo. Pegó la hebra

sobre el notición eclesiástico de aquellos días, bien removido en el Colegio, acerca de los repetidos milagros de un "pope" en cierta aldea de Kazan. ¡Se le rieron en la cara!...

¡Qué popes!... Nada de popes... En Rusia no se hacía caso de nada ruso... Rusia sólo era una mueca de París. Y el Sínodo, una antesala de Versalles.

—¡Caramba! ¿De Versalles?—decía Olga con insinuante malicia.

—Sí, hombre... Cada día vienen a esta Casa de Dios más damas... Y todas hablando en francés... Por lo que monseñor ordena que sus familiares hablen francés... Y como en esta Santa Casa no se habla otro idioma que el ruso, monseñor anda loco buscando familiares que sirvan de intérpretes a las damas...

—¡Caramba!... ¡Menuda noticia!...—pensó Olga, recordando que hablaba el francés como una francesa.

CAPITULO III

Un intérprete del Sínodo.

Monacal y severo, se alza, a orillas del Neva, frente a la catedral de San Isaac, el palacio del Santo Sínodo.

Por sus anchas escalinatas suben y bajan sin cesar "popes" de ancha sotana y gorros altos y cónicos; monjes de la Asunción o de San Alejandro, grandes, barbudos, misteriosos; obispos y metropolitanos, con sus hopalandas de armiño y sus cruces de esmeraldas.

De pronto se detiene una carroza con lacayos de tricornio rojo y sobrepellices tam-

bién rojas. Varios siervos, sentados en los escalones, al sol, se apresuran a descender, rodeando, sumisos, el carruaje. El lacayo, abriendo la portezuela, se dobla reverente. De la carroza sale un hombrecillo regordete, mofletudo, con antiparras. Es monseñor Antonio, procurador del Santo Sínodo, confesor de la emperatriz. Tras él descienden dos arrogantes familiares que, tomándole en medio, ayúdanle respetuosamente a subir la ancha escalinata.

—De hoy no pasa—iba diciendo el hombrecillo con gesto fiero y voz de falsete—. Roma provoca; Constantinopla mortifica. Debemos defendernos en seguida. ¿No os parece, Bogdanof? ¿Y a vos, Nicolaief?—decía, volviendo la cabeza, alternativamente, ya hacia el uno, ya hacia el otro.

—Monseñor—exclamó Bogdanof—. Creo que es necesario defenderse. Y, si me permitís, creo que la mejor defensa...

—La mejor defensa es el ataque—interrumpió Nicolaief indignado.

—Magnífico, Nicolaief... Esa es nuestra actitud y la del Santo Tribunal. Sois un man-

cebo digno de que se os tome en cuenta... Y a propósito, ¿cómo van vuestros estudios?

—No van mal del todo, monseñor... Pero esa Teología... Esos cánones... Sobre todo, esa "Historia disidente", de Malakof... ¡Qué jaqueca!...

—Hombre, ¡jaqueca!...—amonestó Bogdanof.

—Dejadlo — ordenó monseñor, severo—. Esa franqueza es su mejor cualidad... Por ella, Pablo Ivanovicht Nicolaief, que vagaba descarriado por esas calles, a merced del Demonio, está, bajo el amparo de Dios, a nuestro servicio, como traductor e intérprete de lengua francesa, en este Santo Tribunal, bien prevenido contra el Diablo y sus tentaciones. ¿No es cierto, Pablo Ivanovicht?

—Cierto... Bien prevenido, monseñor...

Atravesaban largos claustros, donde, de trecho en trecho, entre denso humo, un siervo del Sínodo alimentaba una fogata arrojando troncos de leña. Sonó la campana sinodal, a cuyos toques iban apareciendo, en las puertas de sus despachos, popes, diáco-

nos, administradores, con sus plumas detrás de la oreja y sus papelotes bajo el brazo.

Monseñor, oscilando sus gorduras bajo la sotana, devolvía saludos y reverencias con una presteza maquinal. Luego entró en el salón de los Patriarcas, donde aguardábale, reunido, el Capítulo.

Quedaron a la puerta ambos jóvenes familiares, dialogando en un grupo de teólogos, seminaristas y monjes, que comentaban el gran escándalo de aquellos días: la publicación de "El Mesías verdadero" por Alejo Nikolsky, prior de los "Hermanos Blancos". Unos daban por cierta la excomunión mayor como relapso. Otros se inclinaban al auto de fe, quemando al libro y al autor, por herejía, en la plaza de la Foontanka.

Nicolaief, el lindo familiar (en quien los lectores, de fijo, habrán reconocido a Olga), negaba la herejía a gritos:

—¿Dónde está la herejía?—preguntaba, entre el estupor de los clérigos—. ¿En la Encarnación? ¿En la Asunción? No la veo en ninguna parte...

—En todo—replicó, airado y vivo, un cor-



pulento archimandrita, acariciándose las barbazas—. Nicoslky es un sectario falaz. Para él los "Dorkovos", los "Malakobos", los "Kopchys", los "Palomas Blancas", todos los disidentes...

Se interrumpió, viendo llegar a dos damas envueltas en mantos. Una de ellas habló en francés. Deseaban ver a monseñor. Era asunto de monta. Tratábase del Patronato de las monjas alejandrinas, en Gatchina.

Intervino, en calidad de intérprete, el gallardo Nicolaief, lamentando la imposibilidad de una entrevista a aquella hora. Monseñor estaba en Capítulo. No cabía pasar recado... Además, no era día de audiencia...

—Alors, mes dames—decía sonriente, excusándose en reverencias, con la finura de un abate versallesco...

Las damas cuchichearon animadamente bajo los mantos, como dos máscaras galantes bajo el dominó. Por fin decidieron llamarle, formando grupo aparte con él, iniciando un diálogo confidencial, con risitas y gritos, mientras se aviaban los mantos entre plegados y ondulaciones que hacían

destacar formas estatuarias. El grupo de clérigos, fingiendo proseguir la discusión teológica, las miraba a hurtadillas, entre relámpagos lascivos.

Eran frecuentes por entonces las visitas femeninas al Sínodo, porque la mayoría de los conventos, siguiendo la moda francesa, regíase por alguna dama de la corte, con el indispensable consejo eclesiástico. Mas el abuso, extendiéndose a las burguesas ricas y a ciertas cabecitas locas que no distinguen tiempo, ni persona, ni lugar, en la consumación de un capricho, determinó que se ordenasen las audiencias en días y horas prefijados.

Habiendo decidido las damas aguardar a que monseñor saliera, el lindo familiar las condujo al salón destinado a visitas, desapareciendo con ambas tras la puerta...

Los clérigos y frailes tenían la boca echa agua. Bogdanof protestó contra la audacia de su compañero.

—¡Qué escándalo, señor! Encerrarse con dos mujeres... Galantearlas aquí mismo, ante

nuestros ojos..., y luego desaparecer con ellas...

Se discutió buen rato el asunto. Algunos opinaron que era preciso denunciar a Nicolaief ante monseñor. Otros, que no había tal gravedad; después de todo, el que un familiar estuviese en la sala de visitas acompañando a unas damas, ¿tenía algo de extraordinario? Por fin, Bogdanof, escandalizado y severo, penetró en la sala.

Apenas empujó la puerta, una de las damas salió a su encuentro, en la penumbra, a media luz, entre cuchicheos dulcísimos y maneras insinuantes. Se había echado el manto hacia atrás, descubriendo un semblante agraciado y malicioso, y un justillo pomposamente entreabierto.

Bogdanof, casto y tímido, creyó verse ante la mujer de Putifar. Sintió encendérsele las mejillas, trabársele la lengua. Ella, advertida de su turbación, tomóle ambas manos, reteniéndolas entre las suyas, suaves, acariciadoras... Luego, con esa media voz de la sensualidad pérfida, dijo palabras incoherentes, entre suspiros:

—¡Ay, no!... Dejadme... ¡Ay, no!...

El familiar, evocando el pasaje de José, rechazaba la tentación, queriendo penetrar en la sala. La dama, resuelta a impedirlo, echóle ambos brazos al cuello, sofocándolo a besos, excitándolo, embriagándolo. Fué una lucha tácita, breve, de jadeos entrecortados y voluptuosos. Al cabo, el familiar, dándola un empujón, logró desasirse... De un salto penetró en la estancia. El espectáculo que se ofreció a sus ojos le detuvo, como petrificado...

En el sofá, entre los revuelos de un manto negro, agitáronse carnes rubias. La otra dama retenía, sentado en sus muslos, al apuesto Nicolaief. Era un loco dúo de amor. Ella, casi desnuda, bajo el manto, como Salambó o Monna Vanna, sentía acariciar sus tesoros por unas manos finas, sabias, lentas... Oíasele gemir:

—¡Oh, qué delicia!... ¡Qué delicia!...

Intentó, a su vez, explorar, extendiendo las manos hacia Nicolaief. Pero éste, recogiéndolas entre las suyas, tornaba a bordar caricias nuevas. Cuantas veces la dama repitió la



audaz ofensiva, otras tantas el familiar se libró de ella por deliciosos contraataques. Nicolaief, esto es, Olga, hallábase en un terrible dilema. De una parte, el ardor de aquella opulenta hermosura recordándole los oficios de "galán" con Julia Delafond, excitaba sus finas curiosidades. Mas de otra, el temor de que le descubrieran mujer, exigía recalcar su ficción de hombre. Todo estribaba, pues, en abreviar la situación, apagando con rapidez aquel incendio. Dióse a ello con tan fino arte que la dama se desmayó en sus brazos...

En el preciso instante hizo su aparición Bogdanof, situándose en el umbral, ceñudo, cruzado de brazos, iniciando una sonrisilla sarcástica, como un juez ante el reo infraganti. Nicolaief, viendo a su amigo, apresuróse a cubrir pudorosamente a la dama con el manto. Luego la acomodó en el sofá como en un lecho. La hermosa, desfogada, parecía dormir...

En seguida acudió a Bogdanof para explicarse, disculparse... ¡Inútil! Seco, frío, el familiar le impidió seguir...

—Veréis... Es que mi oficio de intérprete—balbuceaba el uno.

—A mí, no... Se lo explicaréis a monseñor—cortaba el otro, inapelable.

—¡Caramba! ¿A monseñor? ¿Es que Bogdanof iba a denunciarle ante monseñor? Era su perdición, su ruina. Había que evitarlo a toda costa. Por la humildad, por la perfidia, por la violencia, como fuese... ¡No y no!... Todo antes que aquello...

Serenóse un poco, pensando que Bogdanof le mostró siempre vivísima simpatía, gran afecto, profunda admiración. ¿Iría ahora a perderle por una aventurilla fugaz?

Fué hacia él sonriente, campechano, con palmaditas...

—Dejadme—rechazó Bogdanof—. Nada quiero con libertinos... Idos con vuestras mujerzuelas...

¿El, libertino? ¿El, con mujerzuelas? ¡El colmo!... ¿Había nada tan repugnante, tan degradante?... A hurtadillas pudo advertir que su camarada, impresionado, oyéndole, iba desarrugando el ceño, humanizándose, previniéndose al perdón. Echó toda el agua

al molino. Concertó una homilía contra el vicio, contra el amor, contra los hombres pervertidos por el pecado. ¿Qué mayor ejemplo que él mismo? Habiéndose librado, por merced de Dios, de la esclavitud del Demonio, ¿cómo iría a caer de nuevo? ¡Jamás! Lo sucedido era, sencillamente, fruto de las costumbres, más que de las pasiones. Una dama risueña, una intervención necesaria por su papel de intérprete, ciertas leves galanterías...

—Además, querido Bogdanof—agregó—, que harto sabéis la diferencia entre el pecado y la intención... Mi intención, ciertamente, no fué pecar...

Viólo ya tan convencido, que resolvió acabar de un golpe. Fingiendo pucheros y suspiros, cubrióse con ambas manos los ojos.

—Y mi contrición es tan grande—decía—que, ya lo veis, ¡estoy llorando!

Sintió de pronto que Bogdanof le abrazaba, enternecido, conmovido, en un abrazo mudo, lento, inacabable... Intentó rechazarlo con suavidad... ¡Que si quieres! Aferrado, entornando sabrosamente los ojos, Bogdanof murmuraba, como entre sueños:

—¡Oh, qué delicia! ¡Qué delicia!...

¡Zambomba! ¿Qué delicia? Otro como la otra..., sólo que al revés. Es decir, tampoco al revés. Porque, en realidad, ella no era Nicolaief, sino Olga...

Sonrió a la Paradoja, al Destino... Sintió las manos de Bogdanof, trémulas, ávidas de explorar... Rápidamente las retuvo entre las suyas... Consentir era delatarse. Rechazar, provocar la delación. Permanecer de aquella guisa, imposible... Sin consentir, ni rechazar, ni permanecer, puso en aquel enlace de manos arte tan sutil y diabólico, que Bogdanof quedó tan deliciosamente satisfecho como antes la dama del manto...

* * *

Días después, Bogdanof intentó volver a la carga. La situación se hacía insostenible por momentos. Mas, providencialmente, monseñor, queriendo apresurar los estudios de Nicolaief, lo alejó del palacio, enviándole con los monjes de San Alejandro Neusky, especialistas en Teología y cánones.

Olga, viéndose a salvo de complicaciones



peligrosas, entregóse de lleno a los libros. El padre maestro Máximo Alejovicht Dantof, sorprendido, maravillado, detallaba, en una entrevista con monseñor, las despejadas facultades del mancebo.

—Asombra, monseñor; maravilla. Conoce a Orígenes como a vos, y a Tertuliano como a mí. Repite, con puntos y comas, todas las Decretales... Diserta sobre los gnósticos y agnósticos. La Iglesia pierde mucho no utilizando a ese mancebo inmediatamente... Yo me permitiría aconsejar, monseñor...

—Imaginad, padre maestro, mi alegría. Yo lo recogí del arroyo. Yo lo protegí. Yo lo eduqué. ¿Opináis que puede dar frutos en seguida? No se hable más... Extended vos mismo las dispensas. Disponed inmediatamente lo necesario para la ordenación "in sacris". Nicolaief cantará misa en San Alejandro el domingo que viene. Y será apadrinado por mí...

Lloraba de alegría el padre maestro cuando Nicolaief, intrigado, penetró en la alcoba. ¿Llamada urgente del prior? ¿Asunto grave? ¿Qué podría ser?

—Hijo mío... Dad gracias al cielo. Después de mi entrevista con monseñor debo comunicároslo "in facie"... El domingo ¡cantaréis misa!...

¡Dios mío! ¿Ella cantar misa?...

* * *

Cuando el domingo, en plena fiesta conventual, lleno ya el templo de invitados, monseñor y el padre maestro entraron en la celda, Nicolaief había desaparecido...

CAPITULO IV

Orgía militar.

No bien sonaba la retreta, las casas de nobles y burgueses cerrábanse a piedra y lodo. En cambio, los tugurios se abrían, dando paso a sus mujerzuelas y rufianes, que, alegremente, se encaminaban al cuartel, donde ya lucían las fogatas de promisión... En torno a ellas se fumaba, se bebía y, viniendo a mano, se amaba liberalmente. El amor sólo necesita amantes...

Aquella noche, el barrio de la Fontanka, donde se alojaban los granaderos, retrasó el toque de retreta más de lo justo. La chusma,

agolpada a sus puertas, no viendo ni señal de fogatas, comenzó a murmurar. Un sargento hubo de intervenir:

—Princesas y príncipes—decía—. Me parece que esta noche no hay fiesta. Tendréis que regresar a vuestros palacios... Ahí dentro lleva el general Suvarof dos horas, y todas las señales son de que no saldrá en otras tantas...

—Pues ya podía haber venido por la mañana... Los cuarteles no se visitan de noche—dijo, en fuer de enterado, un jayán bizco que vestía un saco de estameña, con cinturón de soga, dándole cierto aire frailuno.

—Tú, archimandrita—recalcó el sargento, brindando el chiste a la patulea alborotada.

—¡Archimandrita! ¡Tiene gracia!... Si parece un "pope"—exclamó uno.

—El amo del Santo Sínodo..., y se codea con nosotros...—añadió un segundo.

—Será una promesa...—glosó un tercero.

El bizco, mortificado por las pullas, se cuadró, profiriendo amenazas terribles:

—Je, al que me llame archimandrita, no

siendo el sargento, lo pateo en el acto... ¿Habrá gentuza?...

Arremolinóse la gente. Una moza, metida en carnes, bien plantada, tomándole por la barbilla, le dijo:

—¡Huy, qué fiera! ¡Con lo que me gustan a mí las fieras!

El "archimandrita", indignado, iba a lanzarse contra ella, cuando sonaron las cornetas, originándose gran revuelo. Era que el general Suvarof, seguido de jefes y oficiales, abandonaba el cuartel.

Abrió calle el gentío, dando paso respetuosamente. Hasta las mujerzuelas, cuadrándose, saludaban al general, quien, luego de ultimar sus órdenes, partió, a pie, rodeado de los suyos.

No bien hubo doblado la esquina, se destapó el bullicio. Trajeron los soldados más leña. Creció el llamear de las fogatas, iluminando corros dramáticos, rostros cansados, barbas sucias... Advino el sargento con un enorme jarro de "vodka" (aguardiente):

—¿Hay damas? Que vayan bebiendo...

Las había de toda edad, de toda astrosa

indumentaria. Niñas, jóvenes, viejas; apelotonadas con abrigos inverosímiles, mantones pingajosos, "saratanes" mugrientos. Estallaban las palabrotas, reventando en el aire, como granadas. La luna, clara y llena, relucía en la nieve...

La oferta del sargento promovió terrible alboroto:

—Venga el jarro, mi general.

—Aquí, que aquí estamos las guapas...

—¿Las guapas? Los guiñapos...

En la esquina, entre voces ebrias, hicieron alto dos trineos. Descendieron oficiales y damas, que, dándose la mano, extendidos de acera a acera, avanzaron cantando un coro popular:

Viva el amor,
viva la luna,
que a los borrachos
nos dan fortuna...

—¡Buenos vienen!—gruñó una vieja.

La chusma, alborozada, recogió el cántico como un centinela el alerta, repitiendo:

Viva el amor,
viva la luna,
que a los borrachos
nos dan fortuna...

Danzaban ante las fogatas, desenfrenados, aulladores, epilépticos, como una tribu de derviches. Las damas del trineo, envueltas en pieles magníficas, se acercaron, del brazo de los oficiales, con esa refinada avidez del vicio elegante.

—¡Eh, Teodosia Petrofna!... ¿Os atreveríais?—dijo, entre guiños, un desmirriado oficial a su pareja, una rubia grande, suntuosa.

Teodosia Petrofna, que asomaba apenas entre las pieles sus pómulos de voluptuosa cínica, respondió:

—¡Vaya si me atrevo! A condición de elegir pareja, me atrevo...

—¡Ah, vamos! Persistís en vuestro capricho... Pues bien... Satisfacedlo... Llamad a ese Adonis... Os dejo en plena libertad.

No se lo hizo repetir. Llegóse a un jovencito moreno, esbelto, que conversaba anima-

damente con tres damas. Dió excusas en francés, y lo tomó del brazo, gallarda, triunfal, llevándolo como un trofeo.

La arrogante pareja, mezclándose con el plebeyo gentío, danzó ante las fogatas en un alarde democrático y nacionalista. El oficial, dado a los diablos, veía a Teodosia Petrofna enamorada, embriagada, sonriendo a un desconocido... ¡Ira de Dios!

... Lo habían encontrado casualmente, en la "Hostería Turca" del muelle Boris Godunof, bebiendo champán y recitando cuplés franceses, entre damiselas y oficiales. Teodosia Petrofna, en viéndolo, comenzó con sus arrumacos de coqueta... Miraditas, sonrisas, guiños... El no parecía hacer gran caso. Entonces, ella, pretextando saludar a una amiga, se pegó al corro del Adonis. Y ya no le dejó un instante..., habla que te habla en francés, ríe que te ríe a carcajadas... Y ahora, íntima, sabia, lenta, cuchicheándole al oído Dios sabe qué enardecimientos... ¡Ira de Dios!

Viéndose suplantado así por un aventure-

ro, mequetrefe, el oficial, ciego de rabia, se plantó ante la pareja.

—Bueno está ya, Teodosia Petrofna... Vámonos...

—¡Ah, no! Me disteis vuestro consentimiento... No me voy.

—¿Que no, mujerzuela?

Tiró de ella, furioso, frenético. De repente sintióse asido por una mano férrea.

—Quieto...

¡El Adonis!...

Furioso, el oficial lanzóle al rostro injurias terribles. El jovencito, pálido, dióle un tremendo bofetón. Salieron los aceros al aire. La plebe, abriendo rancho, los cercó, emocionada y silenciosa, dispuesta a presenciar un duelo, de noche, a la luna, por el amor de una mujer. Damas y oficiales, lejos de aparentar cuidado, denotaban gran complacencia, excitando ya al uno, ya al otro, como si se tratase de un asalto de salón y no de jugarse la vida dos hombres. Sólo Teodosia Petrofna, dándose cuenta del peligro, manifestaba una terrible ansiedad, contrayendo el semblante a cada estocada.

El gentío, dramático, anhelante, presenciaba, sin respirar, aquel duelo romántico. Los dos rivales competían en agilidad y elegancia, practicando la escuela de Cheremiñef, en guardia baja y la punta al corazón. Sus sombras, a la luna, alargábanse o encogíanse en la nieve del corro. De repente sonó una voz:

—¡Alto!

Todos volvieron la cabeza. Era el comisario Neuman, con su ronda de lansquenetes polacos. Fueron detenidos los combatientes, las damas, los oficiales, y, en sus propios trineos, llevados ante el jefe de Policía.

Tomadas las declaraciones, todos, por miedo, declararon a favor del oficial, excepto Teodosia Petrofna, que lo tachó de provocativo y cruel, a fin de salvar al Adonis. Mas el oficial, vengativo, acusó a Teodosia Petrofna de libertinaje, pidiendo que, según lo recientemente ordenado por la Emperatriz, fuese recluída en el convento de Santa Elena, destinado a reformatorio.

Ganada la partida por el oficial, Teodosia Petrofna fué conducida entre dos lansquene-



tes. Al salir, despidióse del Adonis, besándole y abrazándole en tono patético. El jovencito, conmovido, juró libertarla. Mas el oficial, impulsado de rencor, persistió en perder al Adonis. Lo acusó de aventurero, de sospechoso. ¿De qué vivía? ¿A quién conocía? ¿Quién era?...

Forzado a revelar su condición, el Adonis juzgóse irremisiblemente perdido. En esto dió un grito de júbilo. ¡Acababa de aparecer el capitán Krilof, erguido, fanfarrón, arrastrando su sable de Matamoros!...

—Capitán Krilof—exclamó—. Se me acusa de aventurero, de sospechoso...

—¿A vos, Cristián Alejovicht? ¿Por quién? —inquiría Krilof, pavoneándose, retando.

—Por ese oficial—señaló el Adonis.

—¿Cómo?—decía, revolviéndose amenazador—. ¿Ignoráis que Cristián Alejovicht pertenece a una de las más ilustres familias polacas? ¿Que reside en nuestra ciudad prodigando su inmensa fortuna? ¿Que tiene trato y amistad con lo más florido? ¿Que me honra con su confianza, con su intimidad?...

—Lo ignoraba, mi capitán...—respondió el oficial, humillado, desconcertado...

—Pues ya lo oís. Tened bien entendido de quién se trata...

Y, tras larga conversación con el jefe de Policía, salió, acompañado del Adonis.

* * *

¿Necesitaremos decir que el Adonis, noctámbulo, mujeriego, era Olga? Cuando el prior le comunicó que se dispusiese a cantar misa, la muchacha quedó aterrada. ¿Cómo podría realizar tal sacrilegio? Mas, de otra parte, ¿cómo negarse, qué decir?

Ante el peligro de revelar su condición, preparó segunda vez la fuga. Era su sino, y —¿por qué no decirlo?—su inclinación, su tentación...

Por obra de un tocado diestro, el seminarista Nicolaief quedó trocado en un caballerito arrogante. Tomando capa y espadín, unos florines y un sombrero de tres picos, abandonó su celda escolar media hora antes de maitines...

Atravesó el claustro, de puntillas, descendió al jardín, escaló el muro... Cuando caminaba, ya libre, campo traviesa, bajo la claridad débil de amanecer de febrero, vió venir un trineo, y en él, de pie, un hombre que gritaba y manoteaba:

—¡Eh! Aquí, caballerito... ¡Aquí!...

Era el extravagante, fantástico capitán Krilof, quien, tras una noche de orgía, paseaba su ruidosa embriaguez por los alrededores.

Obligando a Olga a montar en el trineo, la acomodó a su lado. Juzgó, por las trazas y circunstancias, que se las había con un doncel rico y audaz, héroe de una aventura de amor. Ofreciósele, vociferador y exaltado, con esa efusividad pueril, persistente y untuosa de los alcohólicos.

Olga advirtió bien pronto su fatuidad, su credulidad, su pasión por las fanfarronadas, su delirio por las quimeras. Y, luego de escuchar y celebrar el cuento de sus hazañas con los turcos y sus glorias con las mujeres, confióle, a su vez, la historia, no menos fantástica, de su propia vida, aderezada con es-

cenas de heroicidad y amor. Pintóse como un doncel romántico, hijo único de familia poderosa, que acudía a la capital, repleto de bolsa y de ilusiones, en busca de aventuras y peligros.

¿Qué más necesitaba el buen capitán? Fueron así identificados, locuaces, entre barquinazos del trineo, de taberna en taberna, hasta que, bien mediado el día, hicieron alto en la "Hostería Turca", del canal Boris Godunof. Allí Krilof cayó rendido en el lecho, durmiendo la mona, mientras Olga, tomando una habitación, quedó instalada como huésped, con el nombre de Cristián Alejovicht, caballero polaco.

Desde entonces fueron inseparables. Y cada noche, en aquel ferial galante, entre oficiales linajudos y damas de incitadora hermosura, Cristián Alejovicht, pilotado por el capitán Krilof, era envidiado por los hombres y ardientemente deseado por las mujeres...

CAPITULO V

El injerto.

Liquidada, como se ha dicho, la orgía militar, Olga y el capitán Krilof salieron juntos, encaminándose hacia el Neva. Helado a la sazón el gran río, ofrecía, de madrugada, a la luna el aspecto de un campo de plata. Cruzaron el puente Nicolás, cuyo puesto de guardia hizo la identificación, entre un remover de linternas.

—¿Adónde vamos?—interrogó Olga, intrigada.

—¡Voto al diablo, Cristián Alejovicht! ¿Sabéis que está encerrada Teodosia Petrof-

na y preguntáis adónde vamos? ¿Qué amor de repulgos es el vuestro? Vamos, pues, al infierno; que harto peor es Santa Elena...

—¿Peor?

Krilof detalló el régimen del convento. A fin de poner freno a la corrupción de costumbres, la Emperatriz había dispuesto convertirlo en reformatorio de mujeres. Pero ¿cómo? ¿En qué condiciones horribles? Mujer que entraba no salía... Era como enterrarlas vivas... Igual.

—Así, vuestra Teodosia Petrofna. ¿Es que consentiréis tal crimen? Ella está allí a causa de vos... Sólo por vos, ¿no os arguye el remordimiento, Cristián Alejovicht?

Le argüía, le sublevaba. Sintió una gran piedad, mezclada a una ira frenética. ¿Cabía infamia semejante? ¡Infeliz Teodosia Petrofna! En plena belleza, en plena juventud. Reprodújose en Olga aquel fenómeno de otras veces; olvidó su condición femenina. Pensó, sintió, vivió como hombre. Era el amante condolido por la amada. El héroe afrontando el peligro.

—Os juro, capitán, que Teodosia Petrof-

na será libre. ¿Qué hay que hacer para conseguirlo?

—Así me gusta... No esperaba menos de vos, Cristián Alejovicht... Pero hétenos ya en el convento... ¿Verdad que más parece una fortaleza?

Mostró, en efecto, un recio adarve, cinturado de fosos, unido a tierra por el istmo de un puentecillo, a cuyo extremo se veía la portada. En esto, una campana llamó a maitines. El capitán aporreó la puerta con estrépito. Hubo de repetir el estruendo hasta tres veces. Al cabo, una monja con linterna se asomó al ventanillo.

—Alabado sea Dios. ¿Quién llama?

Krilof se hizo anunciar, en nombre del comisario Neuman, para tomar declaración urgente a la reclusa Teodosia Petrofna. Mostró el papel, que llevaba a prevención. La monja, asustada, corrió a consultar allá dentro... Instantes después, otra monja, con capucha blanca y vueltas negras, se puso humildemente a sus órdenes.

Atravesaron el jardín, guiados por la linterna de la monja. Advertíase por doquier el

trajinar del vasto cenobio, ya en pie desde hacía una hora. Sentíase el golpear de las hachas, partiendo leña. Chirriaban las garruchas del pozo, sacando agua. Cruzaban, hacia el lavadero, hacia los establos, sombras llevando tablas, bultos, espuertas.

Llegaron, con la monja, ante una puerta con herrajes floridos. Alzando el picaporte, la hermana desapareció. Instantes después regresaba, acarreando de la mano a una mujer, con sayal de estameña, que protestaba y resistía, volviendo el rostro.

—Aquí la tenéis, señor comisario. Ahora, permitid que me retire...

¡Dios mío, Teodosia Petrofna!... ¿Era posible? En sólo horas aquel cambio... ¿Dónde fué, pues, la suntuosa hermosura por quien los hombres se jugaban el corazón? ¿Cómo un sayal había ahuyentado tantas gracias?

Krilof, estupefacto, llevóse las manos a la cabeza, como ante una desgracia horrible. Olga, olvidando ser mujer, como tantas veces, irguióse tutelar, viril, en un impulso inexplicable, mezcla de ira y voluptuosidad. Abrazó a Teodosia Petrofna, entre palabras



tiernas. Esta debatíase en el sayal, humillada, avergonzada, rehuyendo:

—¡Ay, no!... ¡Ay, que soy un pingajo!... ¡Ay, no!

Reteniéndola en sus brazos, Olga creía de buena fe ser Cristián, consolándola, acariciándola, jurándola eterno amor. Teodosia Petrofna, entre excitada y conmovida, cedió al fin, con blandos desmayos de ojos.

Krilof, viendo que corría el tiempo, interrumpió el sabroso dúo.

—¡Eh, alto el fuego! ¡Basta, Cristián Alejovicht! ¡Basta, Teodosia Petrofna! Oídme.

Requirióles en toda regla, con gravedad aparatosa. No había tiempo que perder. ¿Quería de verdad Cristián libertarla? Por fortuna, había remedio lícito, honesto, señalado por la ley. La ley, queriendo remediar tanta corrupción como envilecía a Rusia, ordenó la clausura perpetua de "las mujeres de noche". Mas, a fin de fomentar el matrimonio y las buenas costumbres del hogar, daba perdón legal a toda "mujer de noche" para que contrajese matrimonio. Y si el contrayente era siervo, le concedía libertad...

Este medio de redimirse de la esclavitud puso en remoción las aldeas, que enviaban a Petersburgo legiones de siervos en busca de "mujeres de noche" con quien casarse. Krilof debía advertir todo esto a Cristián Alejovicht para que éste no alegase ignorancia el día de mañana... El matrimonio es un callejón sin salida... Lo sabía por experiencia...

Bueno estaba Cristián Alejovicht para reflexiones. Con Teodosia Petrofna en los brazos, decía que sí a todo, espoleaba, apremiaba... ¡Sentía el doble fenómeno del trueque sexual e intelectual con el deleite del vigor que tutela y de la ternura que emociona! Al menor descuido del capitán, tornaba el dúo. Arrullábanse como dos palomas.

—¿Verdad que serás mi mujercita, Teodosia Petrofna?

—¿Verdad que serás mi maridito, Cristián Alejovicht?

Krilof, que tenía prisa por solucionar el asunto, volvió a interrumpir los arrullos:

—¡Alto el fuego otra vez! ¡Caramba con la parejita!

Había que preparar muchas cosas, que ver

a mucha gente. Volverían a la tarde. Krilof tenía la impresión de que podría celebrarse el casamiento a fines de semana—era martes—, en la capilla, apadrinados por él y por la superiora del convento.

—Ea... Vámonos. Hasta luego, Teodosia Petrofna. Estáis mucho más bella así, con saval. Parecéis una Magdalena. Pero este Cristián Alejovicth es un libertino insaciable... Dejadla ya... Dejadla ya...

* * *

En la hostería, al desnudarse ante el espejo, Olga recordó que era Olga, y no Cristián; mujer y no hombre. ¡Dios mío! ¿Cómo no lo recordó antes? ¿Cómo le había sido posible hacer tanto tiempo de Cristián, olvidándose de su condición femenina? ¿Qué había en ella de singular para un quita y pon semejante, quita la mujer y pon el hombre, pon a Cristián y quita a Olga?

Recordó sus comienzos de simulación masculina en Smolna, capitaneando a los "soldaditos", grupo de colegiales en uniforme

militar. Ella era "el capitán"; los instruía y revistaba pasando ante las filas marciales, sable en mano y gritando órdenes de cuartel:

—¡De freeente! ¡March!...

Evocaba después el grupo de sus Amazonas, ágiles, fuertes, cabalgando caballos en pelo, esgrimiendo lanzas, luchando a brazo partido en la nieve. Y ella, su presidenta, su Diana, fingía gracias varoniles, raptaba a la ninfa Calixto, trocábase de doncella en mancebo, por la virtud de sus quimeras.

Más tarde, al equívoco recuerdo de Julia Delafond, su refinada iniciadora, reconstruyó el ciclo versallesco de Smolna; el coro de muchachas "galanes", que enamoraban como caballeros; las comedias de amor, en que ella, Olga, era el esbelto marquesito, y Julia la dama opulenta...

Luego, de "familiar" del Sínodo, de caballero polaco, había vivido siempre en hombre. ¿Podía, pues, sorprenderle aquella inhibición femenina entre tanto hábito masculino? Años y años educó su cuerpo y su espíritu en una escuela varonil, con un ideal varonil. Sus gracias de mujer fueron escondién-



dose, diluyéndose, disipándose... Sus gestos, sus modales, sus gustos, crecían bajo un cultivo de varón, como un injerto en una planta.

Pensó que ella era eso: el injerto. Cristián Alejovicht injertado en Olga Nelidof...

Ahora, frente al compromiso con Teodosia Petrofna, reía, reía... ¿Cómo, siendo mujer, casarse con otra mujer? De pronto cesó en el reír. Una idea grave, profunda, le arrugó el ceño... ¿Dejaría a aquella infeliz en reclusión perpetua, en plena belleza, en plena juventud? No era un problema sexual, sino sentimental. Un hondo caso de conciencia... La libertad de Teodosia Petrofna estaba en sus manos. Dejarla en el convento, con el sayal, en aquella vida espantosa, era una crueldad miserable. Libertarla, una simple mixtificación, una superchería inocente. ¿Qué exponía ella, después de todo? ¿Quién advertiría el engaño, más que la propia Teodosia Petrofna?...

Dejándose arrastrar de tan sutiles argucias, impulsada por una curiosidad voluptuosa e inconsciente, Olga creyó de buena fe reducir problema tan complejo a una sencilla

fórmula sentimental, a un simple caso de conciencia. Consumaría la ficción para redimir a la desdichada... y luego lo confesaría todo... Tenía la palabra clave: injerto.

A la idea de confesión tan singular tornó a reír, a reír...

CAPITULO VI

Marcha nupcial.

Celebróse la boda en la capilla del convento, por la mañana, en reducida intimidad, sin más que el pope, el sacristán, los contrayentes y los padrinos, Krilof y la madre priora.

Teodosia Petrofna, habiendo arrojado el sayal, tornó a vestir suntuosas pieles, gallardeando sus gracias rubias. Olga, más en Cristián Alejovicht que nunca, lucía su viril esbeltez, extremando el gesto galán.

En la capilla, ante el icono de Santa Elena, resonó el formulario de los esponsales:

—Cristián Alejovicht, ¿queréis por esposa a Teodosia Petrofna?

—Sí, quiero.

—Teodosia Petrofna, ¿queréis por esposo a Cristián Alejovicht?

—Sí, quiero.

Abandonaron el convento en dos trineos. Krilof rompía marcha en el suyo, volviéndose de cuando en cuando para brindarles unas pullas. Detrás, amartelados, derretidos, iban los novios. Llegando a la Hostería Turca, el capitán se despidió hasta el día siguiente. Los desposados penetraron en su habitación, entre guiños y gestos de la servidumbre...

* * *

Los despertó un redoble de tambores y cornetas. El capitán, ante la puerta, tocaba una diana ruidosa:

—¡Alto el fuego! Que son las diez... ¡Arriba!

Desperezáronse en el lecho, entre risitas. Teodosia Petrofna murmuraba, a media voz:

—¡Ay, mi maridito guapín!...

Olga cuchicheaba, a su vez:

—¡Ay, mi mujercita preciosa!...

En tanto se vestían, iban, de por be, detallando las peripecias de la víspera.

No bien se vieron solos, Olga, resuelta, decidida, abordó el problema.

—Debo confiarte un secreto. Prepárate...

—¡Jesús, qué seriedad! Ya estoy preparada. ¿Qué es?

Franca, diáfana, lo espetó. Cristián Alejovicht no era Cristián Alejovicht. Era, sencillamente, un injerto... Cristián Alejovicht injerto en Olga Nelidof...

Entre el estupor de Olga, Teodosia Petrofna reía, reía... ¿Y eso era todo? ¡Bah!

—Pues no hace tiempo que lo sé...—añadió, con gracioso mohín.

—Entonces...—dijo Olga, perpleja.

Entonces, nada. El secreto quedaría entre ellas... ¿Quién lo podría adivinar? Tras una pausa, Teodosia Petrofna, conmovida, alabó el sacrificio de Olga.

—Te has sacrificado por mí... Te debo, no sólo la libertad, sino la vida. Yo, en el convento, me hubiese suicidado... Has hecho lo

que has hecho por ser mujer. Un hombre me hubiese dejado allí...

—Probablemente —g l o s ó Olga—. Los hombres, además de egoístas, son fríos, duros de corazón... Pero no nos entristezcamos... Estás libre, tienes un maridito arrogante. ¿Qué más quieres?

Tornaron al gracioso estribillo:

—¡Ay, mi maridito guapín!

—¡Ay, mi mujercita preciosa!

Krilof apoyreó la puerta:

—¡Alto el fuego!... ¡Que son las diez y media! ¡Arriba!...

* * *

Consejo de familia, en la sobremesa, entre el pintoresco triunvirato, con sonrisitas de Olga, mohines de Teodosia Petrofna y voces, roncas y violentas, del capitán, en su octava copa de kummel.

Se exponían proyectos matrimoniales. Había que fijar la vida, que establecerse en una profesión, en un oficio, en algo metódico y serio. Krilof, teniendo en cuenta la ascenden-

cia confiteril de Teodosia Petrofna, propuso una confitería en Moscú.

¿Por qué en Moscú y no en Petersburgo? Pues porque en Petersburgo tenían que ocultarse de mucha gente, y en Moscú de nadie. Sobre todo, para decir verdad, porque él, Krilof, había sido trasladado a Moscú. ¿No eran dos razones de peso?

Porfió hasta que le aceptaron, en calidad de socio industrial, unos cien florines, con cuya suma se instalaron en la antigua corte eslava, plaza de la Anunciación, frente al templo del mismo nombre, que, los domingos y días de fiesta, proporcionaba numerosos clientes.

La confitería, con el rótulo de "El gran Boyardo", era espaciosa. Relucían sus anaqueles, de cristal, surtidos de botellas, frascos, tarros; sus mesas y escabeles, de profusa y rústica talla; su enorme araña, con bujías de color rosa.

El gentil matrimonio cayó, como suele decirse, de pie. Krilof, estimulado doblemente por el afecto y el negocio, acarreaba clientes de ambos sexos. Los caballeros acudían al

cebo de la espléndida confitera, que lucía en el mostrador como una Emperatriz en el trono. Las damas, al regusto del arrogantísimo Cristián Alejovicht, que prodigaba sus galanterías versallescas, paseando entre las mesas su distinción noble.

De esta suerte, el negocio iba viento en popa. El secreto matrimonial permanecía oculto. Teodosia Petrofna acentuaba más cada día sus gracias de esposa enamorada. Cristián Alejovicht, sus modales viriles y sus atenciones de amante esposo. La fidelidad añadía su encanto moral a los encantos físicos del arrogante matrimonio; "El gran Boyardo" era un continuo torneo de amor.

Los caballeros, suspirando por aquella casada espléndida, que sabía hacer de la honestidad una coquetería, y de la coquetería una honestidad. Las damas, extremando sus insinuaciones con aquel marido gentil, cuyos estudiados silencios eran tan deliciosamente sugestivos como sus palabras a media voz...

¿Hasta qué punto es lícito a un cliente mostrar su dilección por la tendera y a la tendera prodigar al cliente sus sonrisas? El

tema, surgió casi al mismo tiempo en Teodosia Petrofna, advirtiendo los cada día más audaces galanteos del conde Stembock, y en el conde Stembock, notando las cada instante más significativas sonrisas de Teodosia Petrofna. Ella pensaba que los clientes, especialmente siendo nobles, guapos y ricos, tienen cierto margen protector, por lo que no era lícito rechazar sus galanterías. Y él, que las confiteras jóvenes y hermosas tenían la misión de ser amables sin tasa. De suerte que él, extremando los pidos, y ella los otorgos, llegaron, como procedía en un medio confiteril, al deseado "punto de caramelo".

En su calidad de marido guapo, Cristián Alejovicht creía inmutable la fidelidad de su mujer. Además, otros temas solicitaban su inquietud. Habiendo estallado la guerra contra Turquía fué nombrado caudillo de las tropas rusas el célebre Suvarof, protector del capitán Krilof. Y el capitán Krilof anunció sus propósitos de ir a campaña. Con lo cual, en "El gran Boyardo" sólo se hablaba de morteros, de asaltos, de cargas de caballería, etcétera.



Así las cosas, una buena mañana la hermosa Teodosia Petrofna huyó en troika con el conde Stembock...

* * *

Cuando Krilof, sombrío, trágico, le dió el notición, oyó al "marido" exclamar, sonriente:

—¡Nitchevó! (No importa).

Krilof, estupefacto, pedía aclaraciones.

—¿Qué decís, Cristián Alejovicht? ¿Estáis loco? ¿No importa una felicidad truncada, un hogar deshecho? Comprendo... Aparentáis fortaleza; pero tenéis destrozado el corazón...

Olga estuvo a pique de revelarlo todo; mas, refrenándose, repetía:

—¡Nitchevó! (No importa).

Respondía a sus pensamientos de liberación, de fin de farsa, de nuevos rumbos en la vida...

Días después, el caballero polaco Cristián Alejovicht partía, como voluntario, a las órdenes de su amigo Krilof. Semanas después,

en el asalto de Alejandrópolis, ganaba heroicamente el grado de capitán.

Los historiadores eslavos enumeran grandes hazañas del capitán polaco Cristián Alejovicht, que un día cayó herido mortalmente en los fosos de Eriván. Krilof, viéndole inerte, le tomó en brazos, comprobando, con estupor, que el temerario capitán ¡era una dama!

CAPITULO VII

Convalecencia.

—Cuidado, muchachos—gritaba Krilof a los soldados que conducían la camilla—. Id con tiento... Se trata de un verdadero héroe... Hay que salvarlo a toda costa.

Caminaba el grupo en silencio, bajo un sol terrible, a través de los llanos de Eriván, en el corazón de Armenia. Eran ruedos de huertas y olivares, campos de hermosos trigos en granazón, ensangrentados de amapolas. Algunas quintas, entre árboles, estaban custodiadas por jinetes cosacos, denunciando la ocupación militar del país. A lo

lejos, el lago Gotcka relucía como un espejo bruñido. Krilof, en pos de la camilla, porfiaba con el médico Antón Muravief.

—Conforme, Antón Muravief. El capitán es, efectivamente, una dama. Pero el primer sorprendido soy yo. Sí, señor, yo... Palabra de soldado que...

—Como queráis, capitán Krilof. Pero debo dar cuenta a mis superiores.

—Debéis hacer honor al secreto profesional. El médico es un sacerdote...

—Bien. Pero el general Suvarof es implacable. Y si no le notifico el caso...

Se interrumpió, viendo a los camilleros detenerse ante un carruaje que avanzaba.

Acudió con el capitán.

—¿Qué sucede? ¿Por qué os detenéis?—dijo a los soldados.

—¿No estáis viendo ese carruaje?—replicaban.

Era una "daisa", especie de taranta armenia, cuyos dos únicos asientos venían ocupados por dos damas. La que guiaba, joven, fina, en porte aristocrático, refrenó el potro, de magnífica estampa árabe. Entonces,

la otra dama, obesa, bajo la sombrilla azul, dijo, entre el temblequear de su triple papada:

—¡Dios mío, un herido!...

Irguiendo en la "daisa" el pomposo busto matronil, añadió, dirigiéndose al capitán y al médico:

—¿Es grave? ¿Sí? Llévenle entonces a mi quinta... Es ésa, la contigua al camino, junto al lago. Estará mejor que en el hospital...

Krilof y Muravief se consultaban con los ojos. Rápida, como para alejar recelos, hizo la presentación ella misma: "La baronesa viuda de Crópulos y su sobrina Sofía Crópulos."

Manoteando bajo la sombrilla, sofocada por la obesidad y el calor, dió más detalles: "Residían de ordinario en Tiflis, viniendo los veranos a su quinta de Eriván. Eran armenias, pero cristianas, del rito cismático. Aborrecían a los turcos. ¡Qué gentuza!..."

—Pero estoy habla que te habla, y en tanto el pobre herido... Anda, Sofía, adelantémonos a prepararlo todo... Allá les aguardamos, señores....

Y sin dar tiempo a la respuesta, trotó el carruaje.

* * *

Los rusos se adueñaban de Armenia. El temible y cruel Suvarof, batiendo a la caballería del Sultán, devastó a sangre y fuego todo el territorio hasta Erzerdun, donde estableció las vanguardias.

La numerosa impedimenta de heridos, enfermos, prisioneros y bagajes quedaba rezagada en Eriván, junto al lago Gotcka, región que, por lo benigno de su clima y la feracidad de sus huertas, equivalía a un sanatorio.

Krilof, no sin grandes esfuerzos, logró convencer a Muravief para que guardase el secreto. Y los camilleros, transportando cuidadosamente al herido, lo condujeron a la quinta.

Depositáronle en un lecho del piso bajo, cuya estancia, a media luz, estaba decorada con tapices persas. Las ventanas, con finas celosías, recubiertas de madreselvas, de-

jaban penetrar el frescor del lago. Mientras el médico, con Krilof de ayudante, cambiaba los vendajes a puerta cerrada, en el mayor secreto, Olga, amodorrada por la fiebre, repetía el eterno estribillo:

—¡Nitchevó! (¡No importa!)

—¿Que no importa?—argüía Krilof, entre compadecido e indignado—. ¡Dos años en perfecta intimidad de hombres!, ¡y me sale siendo mujer!... Y encima, que no importa... ¿No ha de importar?...

Muravief, en mangas de camisa, se arremangó, preparando la lanceta.

—¿No hay más remedio que sangrar?—preguntó Krilof.

—No hay más remedio—dijo el cirujano—. Procuraré hacerlo de prisa, pero no hay más remedio. A ver, desabrochadle la guerrera.

Y agregó, chanceándose:

—Descuidad, capitán. Haremos la vista gorda.

Desabrocharon, entre gestos de admiración y asombro. Vieron una garganta perfecta, combada y suave, como la de una Dia-

na griega. El pecho, alto y henchido, tenía una canal profunda, abriéndose en dos pequeños globos, duros y cándidos.

A su vista, Krilof hizo una mueca de malicia.

—¡Increible! ¿Y no lo advertí en dos años? ¡Y era el marido de Teodosia Petrofna!...

—¿Cómo el marido?—exclamó el médico—. ¿Esta dama, el marido?

El capitán, en voz muy baja, comenzó a relatar la historia del matrimonio. El médico le oía estupefacto.

—¿Era posible? ¿Vivían como marido y mujer? Pero, entonces, Teodosia Petrofna...

Se interrumpió viendo que Olga entreabría los ojos.

—¡Animo!—le gritó sonriendo—. Esto no es nada. Vamos a hacer la cura en seguida.

Krilof, no sabiendo qué decir, hacía muecas incoherentes. Cuando Olga, tornando a la realidad, se dió cuenta de que tenía el seno desnudo, pugnó por cubrírselo, aterrada de la revelación.

—¡Quieta!—le dijo Muravief, aferrándola—. La vida es antes que todo. Además, el

secreto queda entre nosotros. ¡Palabra de honor!...

Porfiaron. La disuadieron. Había que sangrarla en el acto. Nadie sabría una palabra del asunto. Krilof era su amigo. Muravief, como médico, guardaría el secreto profesional. Olga, extendiendo el brazo, exclamó:

—Conste que sangráis a Cristián Alejovicht...

—A Cristián Alejovicht... ¡Por supuesto!—afirmó Muravief.

Al introducir la lanceta, saltó un fino chorro de sangre; Krilof acercó la vasija, mientras el médico inclinaba el brazo de Olga para que vertiese. Estaban vendándola, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Somos nosotras. La baronesa y su sobrina. ¿Podemos pasar?

—Perdón, señoras. Es sólo cuestión de un instante. Estamos terminando.

—¿Qué baronesa? ¿Qué sobrina?—reclamaba Olga, recostándose en las almohadas.

Se lo explicaron entre los dos. Luego cu-

chichearon los tres. Luego, Krilof, galante, abrió la puerta.

—Ya pueden pasar, señoras mías...

Recelosa, escamada como una liebre, con un ojo abierto, Olga vió venir a la baronesa, oronda y lozana, y a Sofía, fina y esbelta como un junco. Acercábanse de puntillas, despacio, muy despacio, temiendo despertar al herido.

—¿Qué? ¿Cómo está?—inquirían afanosas, conteniendo la respiración.

—¡Chut!—susurraba Krilof—. Va mejor... Está descansando... Si nos permitís... Estamos realmente fatigados... Necesitamos de reposo. ¿No es cierto, Muravief?

—Fatigadísimos, señoras. Necesitamos de reposo, en efecto...

—¡Por Dios! ¿Y reponer las fuerzas? Vé, Sofía, con estos señores... Yo permaneceré de guardia—añadió la abundante armenia.

No bien los vió salir, avanzó al lecho. Contemplando tan delicado semblante, se recreó en la gracia melancólica del héroe dormido.

¿No era el arcángel San Miguel, despojado de su coraza de plata, de su yelmo de



oro, de su espada de diamante? Los cabellos, encuadrando la faz morena, lucían, airosos y rizados, como los lambrequines de un escudo. Bajo las cejas, finas y unidas, semejantes a una V abierta, los párpados, anchos y curvos, tenían como un leve temblor de pájaros. Un poco perfiladas, las mejillas, aristocráticas y exangües, de condesa o de princesa, tenían ese pulimento del alabastro en las esculturas yacentes. Y bajo la nariz, que, al respirar, se estremecía como una flor, la boca sonreía entreabierta, provocativa, con un guiñar de labios más docto que un guiñar de ojos...

La baronesa parecía absorber como un perfume, paladear como un bombón la belleza del héroe herido. Sus largos magisterios de amor, en el serrallo de un antiguo y lascivo sátrapa, llamado Evén Mitrai, se habían resentido siempre de la falta de poesía y romanticismo. Habiendo llegado, por su hermosura y su obesidad—esa hermosura artificial de las mujeres orientales—, a ser la favorita de Evén, adiestrando en el tocado y placeres a las otras quince cautivas, derivó

el erotismo hacia las quimeras, sedienta de héroes y canciones, de aventuras y sacrificios.

Cuando, frisando en los treinta años, edad que en los serrallos persas es vejez, fué jubilada con todos los honores tradicionales de un título europeo, nominativo—una viudez completamente formularia, puesto que no hubo, ni en sueños, tal casamiento—, y una quinta, grande y suntuosa, en los vergeles de Eriván, la flamante baronesa padeció una crisis romántica. El lago, con sus noches líricas, alentaba sus impulsiones, estimuladas por las lecturas de Sadi el Menor, ese Lamartine de Samarcanda. Pero el héroe no aparecía. Cuando más, algún rico comerciante armenio, muy pagado de sus ungüentos sirios, o algún militar turco, muy ufano de sus bigotes, llevaban a la quinta, con sus misterios y sus bolsas, ardores bruscos y apremiantes. Ardores que ella, gran sacerdotisa, sabía apagar y reencender a su capricho con ese don de novedad exclusivo de las matronas; pero que si satisfacían fugazmente a los

sentidos, dejaban permanentemente vacía el alma.

Por todo ello, cuando, cierta mañana de abril, se vió entrar por la quinta a Sofía la Georgiana, su más aventajada discípula en el serrallo de Evén Mitrai, pensó, reteniéndola en los brazos, que era una enviada de Venus. Y, tomándola por sobrina, abrió un delicioso paréntesis a los ungüentos mercaderes y a los bigotes militares en la renovación de una intimidad que, si no excluía los goces más refinados, reanudaba los ensueños más deliciosos.

Los claros de luna, el esquife, los dulces cantos de Sofía, casi desmayada en sus brazos, excitaban, más que avivaban, su sed de romanticismos quiméricos. La guerra, con su aspecto heroico, infundióle una actividad portentosa, dados sus hábitos de reposo y su obesidad de serrallo.

Salían en la "daisa", guiada por Sofía, recorriendo los campamentos de prisioneros, las tiendas de bagajes, los hospitales de sangre, siempre con el ansia secreta de encontrar la loca aventura. Detenía a los mendigos

vagabundos y a los derviches pasajeros, interrogándoles con emoción y curiosidad. Y de noche, en la paz del jardín, bajo las estrellas, que relucían como ojos de héroes fabulosos, era feliz oyendo recitar a Sofía la "Canción azul", de Sadi de Samarcanda:

Caballero, que caminas,
de los cielos bajo el tul,
con un estandarte azul
en tus manos peregrinas...

Ahora, en la vecindad del lecho, donde descansaba el héroe herido, renacían todos los ensueños románticos. ¿No tenía ante sus ojos al caballero de Sadi, bello y lánguido como un San Miguel en reposo? Inclinada sobre él, le decía palabras de una intimidad férvida...

—¡Oh, mi tesoro! Mi héroe, fatigado de amor...

Una mano se apoyó en su hombro. Volvió la cara. Sofía le cuchicheó al oído:

—Retírate. Necesitas descansar. Vengo a relevarte...

Se irritó como una leona. Volcó, indignada, en el oído de Sofía:

—Es mío...

Sofía, como un eco, en el mismo tono de voz:

—Es mío...

Olga, agazapada en el lecho, escuchaba con atención irónica el diálogo. De vez en vez se rebullía entre suspiros. Y entonces las rivales, dando tregua a la rencorosa disputa, callaban, contemplando al herido con dolor y amor.

En estas pausas breves, Olga iba pergeñando un plan. Cierto que no era fatalista, ni por temperamento ni por carácter. Al contrario. Su vida toda probaba una profunda indiferencia ante el Destino. Pero, ¡caramba! Ya eran muchas complicaciones. Su herida, su secreto en poder de Krilof, una guerra civil de tía y sobrina por su amor... Pensó echar por la calle de en medio, gritar a todo el mundo su mixtificación. Arrostrar, si preciso fuera, el castigo...

Pero ¿y el terrible Suvarof? Suvarof no admitía bromas. Cuatro tiros y se acabó... ¡Demonio!

La idea le hizo rebullirse, toser. Luego,

advirtiendo la consternación de tía y sobrina, imaginó que durante la convalecencia, al menos, sería indispensable mantener la ficción viril. ¡Como con Teodosia Petrofna...! Sólo que ahora el trabajo era doble, por tratarse de dos enamoradas; y de enorme dificultad, por ser rivales y habitar bajo el mismo techo.

¿Cómo se las arreglaría para contentar a las dos? Al pensar en el doble engaño, su naturaleza de mujer se refociló con curiosidad y malicia. Por lo que había logrado oír, parecían trocados los papeles: la tía, matrona y obesa, era romántica como una jovencita; la sobrina, delicada y gentil, ardientemente práctica, como una matrona. Pues nada, cosa hecha. Ojos de carnero a medio morir para la tía y pellizcos a la sobrina. Precisamente estaban cada una a un lado. Dicho y hecho; tras rebullirse y suspirar, fingiendo que se despertaba y maravillaba, lanzó la sacramental pregunta:

—¿Dónde estoy?

—Entre buenos amigos—replicó Sofía.

—En vuestra casa—corrigió la baronesa.

Olga, rápidamente, ensayó el bonito golpe doble.

—¿En mi casa? Gracias, señora.—Y puso los ojos en blanco a la matrona.

—¿Entre amigos? Dios os lo pague.—Y le arrimó un pellizco a la jovencita...

En aquel mismo instante aparecían en la puerta Krilof y Muravief, burlones, irónicos, como dos carátulas del Destino.

Olga tuvo un momento de ansiedad angustiosa. ¿Hablarían? ¿La denunciarían?

En todo caso estaba entre sus manos...

Al cabo, efusivo y cordial, Krilof adelantó hacia el lecho:

—¡Querido Cristián Alejovicht!

Olga suspiró, como quien se quita un peso de encima.

CAPITULO VIII

El derviche.

—¿Os vais, querido capitán?—decía Olga al leal Krilof.

—Sí, amigo mío... Digo, amiga mía. Perdonad; sí, Cristián Alejovicht, me voy. Y me llevo al médico Muravief para dejaros absolutamente tranquilo. Del secreto no queda rastro.

—¿Por qué no aguardáis unos días? Entonces podré acompañaros, como deseo. Estaré en condiciones de cabalgar y aun de pelear. ¿Por qué no aguardáis?

—Imposible aguardar más tiempo. La or-

den de Suvarof es terminante, como suya. He de incorporarme en Erzerdun. Llevo cinco mil prisioneros que han de ser canjeados mañana...

—¡Caramba!... Pues me voy también, ea... Ya me curaré en el camino...

—No seáis loco; digo, loca. Digo, ¡ya me entendéis, Cristián Alejovicht! Permaneced aquí un mes más, como ordena el médico. Es un clima magnífico, una quinta espléndida, dos damas disputándose vuestras sonrisas... Y, por añadidura, un rival: Abdul... ¿Hay nada tan deseable para un capitán joven, apuesto, heroico y convaleciente? En cuanto a Abdul, tened cuidado; es un derviche convertido al credo ortodoxo por halagar a la baronesa y fomentar sus beaterios. Pero no olvidéis que aun es joven y ambicioso. Procurará desacreditaros, quebrantaros, arrojaros de aquí en cuanto pueda...

—No podrá nunca, amigo Krilof... Demasiado sabéis por qué.

—No dudo de vuestra maestría. Después de lo de Teodosia Petrofna, ¿qué podrá sorprenderme en vos? Pero la baronesa está en



ese momento tan peligrosa para las romántico-sensuales como ella, en que el romanticismo se agudiza hasta el misticismo. Y, con frecuencia, el misticismo, a cierta edad y para ciertos temperamentos, se agudiza hasta el erotismo.

—¿Queréis decir que ese derviche converso...? ¡Bah!... Además, no bien me restablezca del todo, y espero en Dios que sea dentro de ocho días, partiré a Erzerdun, en busca vuestra.

—¿Vos, a Erzerdun? Me parece que no saldréis de Eriván en vuestra vida. En fin, adiós, amiga mía; digo, amigo mío... Bueno... ¡Adiós, capitán Alejovicht!

Despidiéronse, junto a la empalizada de la quinta, en un abrazo de uniformes rusos, a tiempo que el derviche, entre la baronesa y Sofía, descendió por la escalinata al jardín.

Era un hombre delgado, cuidado, perfumado, sobre cuya túnica azul lucía una chaquetilla roja, sin mangas. Tenía barbas negras y ensortijadas, como las de Jerjes, y un mirar rápido, de halcón. Ejercía sobre las mujeres esa doble fascinación del misterio

sacerdotal y del misterio sensual, cuidando mucho de imprimir dignidad a todos sus actos, cosa que no menos las seduce.

Gran catador de supersticiones, ofreció su ruidosa conversión a la baronesa (que apadrinó la ceremonia en la iglesia de San Teodoro, en Tiflis), saliendo horas después, ya cristiano por el bautismo, en peregrinación de seis meses hasta el monasterio cismático de Iboa, junto a la Samarcanda. Y a los seis meses, lleno de santidad, cuajado de medallas benditas, tornaba junto a su madrina, que le instaló en la propia quinta, con respeto y lujo, contiguo al capitán Alejovicht.

La baronesa, en plena dicha, tenía al alcance de sus manos, bajo el mismo techo, al santo y al héroe. Pero, además, tenía en el héroe la encarnación de sus ensueños románticos y en el santo la de sus sensuales misticismos. Por su parte, Sofía, ya iniciada en el disimulo con los pellizcos del héroe, acreciólo en los tartufescos guiños del santo, concertando tácitamente con ambos una táctica alterna que, a veces, en la oscuridad del jardín, y mientras discutían los dos, ella, sa-

bia, convertía en doble, contentando a los dos a un tiempo.

La vida, pues, se deslizaba entre abundancia y goces, sin un tropiezo, sin un grito. Olga no creía estar en un rincón de Armenia, donde Cristo dió las tres voces, sino en Oranieumbau o en Peterhof, donde la civilización y el buen gusto ponían encajes en los pomposos descotes, vino en las finas copas bohemias y cierta filosofía en los diálogos. Alguna vez, de sobremesa, Sofía recitaba la "Canción azul", de Sadi, en homenaje al héroe, y entonces relucía, como un puñal esgrimido, la mirada de halcón del santo. Advirtiéndolo la hábil y contentadora Sofía, incorporó a sus recitados poéticos otra canción, del propio Sadi, en la que un derviche, torturado de tentaciones carnales, se arroja desnudo en un zarzal. Y entonces el mirar de halcón se trocaba en mirar de palomo.

* * *

Tras despedir a Krilof, Olga, gallarda en uniforme, encaminóse al grupo de Sofía, la baronesa y el derviche.

Anochecía. En la frescura del jardín, donde, bajo unos árboles, los criados aderezaban la mesa, Sofía, junto a Abdul, iniciaba entre la penumbra sus tácticas incitadoras. La baronesa, acaparando al héroe, hízole sentar a su lado, en férvidas confidencias románticas.

—¿Qué cuenta mi gallardo héroe, mi "Caballero Azul"?

Y trenzaba sus manos con las de Olga, que, preocupada, la dejó hacer, atraída su atención por ciertos sospechosos cuchicheos entre el derviche y uno de los servidores.

Llegada la hora, acomodáronse los cuatro en torno al mantel, entre gorjeos de aves y ecos de cánticos pescadores que venían del lago. Llevada la conversación hacia el repentino viaje de Krilof y el médico, Abdul encareció las dotes del capitán ruso.

—Excelente varón. Gran carácter, delicioso bromista—decía acariciándose las rizadas barbas—. ¿No tendremos el gusto de volverlo a ver por aquí?

—¡Quién sabe! Por lo pronto, ha de per-

manecer en Erzerdun mucho tiempo. El general le ha confiado el canje de los prisioneros. Es asunto muy laborioso—explicaba Olga.

Sofía opinó que el canje de prisioneros era un avance hacia la paz. La baronesa, que la paz estaba distante. Un criado comenzó a servir los vinos. En esto se produjo gran alboroto. Hacia la entrada del jardín sonaron voces, gritos, tumulto. Olga y Abdul se habían precipitado a la puerta. Era un mendigo que porfiaba por entrar. La baronesa ordenó que le socorrieran, y todos tornaron a sus sitios.

Entonces, el derviche alzó su copa por la paz, incitando a Olga a que lo secundase. Pero, entre el estupor de todos, Olga, en vez de brindar, sacó el espadín. Y arrojándose sobre el derviche, en una mano el espadín y en la otra la copa, le alargó ésta:

—Bebed—ordenaba imperativa—. Bebed, u os mato como a un perro.

El derviche, mortal, los ojos fuera de las órbitas, intentó resistir. Pero sintió el acero en la garganta... Y bebió...

Instantes después caía, revolcándose entre convulsiones, bajo los efectos del tóxico que había hecho deslizar en la copa de Olga.

Cristobal de Castro

ROSA DE CARNE

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada por DEMETRIO

Precio: CINCO pesetas

EDITORIAL ATLANTIDA

MENDIZABAL, 42

MADRID

Acaba de publicarse

EL PAPA DEL MAR

La última y más interesante novela de Blasco Ibáñez. Portentosa evocación del papa Luna, El cisma, San Vicente Ferrer, La resistencia en Peníscola. Cinco pesetas en todas las librerías.

PEDIDOS A

EDITORIAL PROMETEO

VALENCIA

En la segunda quincena de abril se ha puesto a la venta la magnífica novela del maestro de humoristas

W. Fernández Flórez

titulada

LAS SIETE COLUMNAS

5 pesetas ejemplar

Apresure su pedido a

Editorial Atlántida y Novela de Hoy

MENDIZÁBAL, 42. - MADRID

A. VIDAL Y PLANAS

A hombros de la adversidad

Maravillosa narración, de ideas atrevidas y visiones alucinantes del siempre interesante y discutido escritor Vidal y Planas. Magnífica portada de Baldrich.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

M E N D I Z A B A L, 42

MARIANO BENLLIURE

Tipos y costumbres de hoy

Artículos, impresiones, semblanzas, crítica, todo con el estilo valiente y sincero que caracteriza al gran periodista Mariano Benlliure. Un tomo de doscientas ochenta páginas.

CUATRO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA
Y NOVELA DE HOY

M E N D I Z A B A L, 42

JOSE MARTI

EL LIBRO DE LOS JUICIOS

Tomo VI de las obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA
Y NOVELA DE HOY

M E N D I Z A B A L, 42

FERNANDO MORA

LA NECESIDAD DE PECAR

Novela madrileñísima del castizo y popular autor de tantas bellas producciones. Obra maestra en su género, que consagrará definitivamente la reputación de su autor. Portada de Baldrich. Prólogo de Artemio Precioso.

CINCO PESETAS

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

Se ha puesto a la venta

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO

EDITORIAL ATLANTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.